


Para que hablemos de lo nuestro (Héctor Rojas Herazo)

Vega Bedoya, Wilfredo
Esteban (2022). *Duelo de
pájaros*. Bogotá: Si Mañana
Despierto Ediciones

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz

 DOI: <https://doi.org/10.15648/cl..37.2023.3953>

Brindamos recuerdos
aún no han decidido tacharnos
del libro de la vida
Wilfredo Esteban Vega Bedoya

Y lo nuestro es la calle, sus seres cotidianos, esos que según Jorge Luis Borges salvan el mundo, porque no dirimen las grandes batallas, ni las cruentas conquistas para escribir la historia. Son la abuela Estela, canto, guitarra y fruta de patio, el vigilante del puente, triste y lastimero, el negro Juan, empujando su triciclo bajo los pregones del viento marino. Y Vicenta, la del bollo limpio, de coco y de mazorca, escapada de alguna postal del trópico. Y Paulino, el jardinero con tabaco y tijeras para podar los temores. Y Carlos, el Caballero que lleva su enfermedad como una ofrenda y abre las puertas de la poesía con su mirada de vecino cómplice.



Recibido: 18 julio 2022 * Aceptado: 6 junio 2023 * Publicado: 17 febrero 2024

¿Cómo citar este texto?

Para que hablemos de lo nuestro (Héctor Rojas Herazo). Reseña de Vega Bedoya, Wilfredo Esteban (2022). *Duelo de pájaros*. Bogotá: Si Mañana Despierto Ediciones. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (37), 248-251 Doi: <https://doi.org/10.15648/cl..37.2023.3953>

Seres de a pie, inocentes de la poesía que cincelan a su paso, sin aspavientos, en un mundo del que son partícipes anónimos. La cotidianidad es su milagro, su forma de ser y de estar en la ciudad que mide sus pasos en el vaivén de un reloj caribeño.

Emerge Margoth, caminante de los Montes de María, esa herida abierta, puro trabajo en sazón, integrada al árbol del patio, al colibrí, cuchareando palabras en el ritual de la mesa. Todos como ella, seres blandos, tranquilos, haciendo de su oficio un armisticio cotidiano. Gente pedestre, *nadies* en el concierto de la existencia, pero en esencia cifras significativas frente a la mirada escudriñadora del poeta que los invita a su duelo de pájaros, tal vez por el desarraigo que es una forma de vuelo y de duelo.

Duelo de pájaros, duelo de la libertad y el extrañamiento. Palabra cumbre, más temprano que tarde todos hemos de ajustar al cinturón esa palabra fuerte, porque somos fugaces, espectadores furtivos de unas cuantas e insignificantes vivencias humanas. Pero en ellas gastamos la vida, nos esforzamos para que sean gratas y dejen una estela en el horizonte, como la del avión que pasa rumbo al proceloso mar.

Soy la tortuga del patio
 cabeceando muros
 para alcanzar el pan. (Vega Bedoya, "Semántica" II, p. 33)

.....

Comprar, de una vez por todas,
 el tiquete al carrusel de mis miedos ("Semántica" III, p. 34)

Duelo por la piel, por los prejuicios, en un corralito de piedra que sustenta en pleno siglo XXI las contradicciones entre el colonialismo y la piratería mental:

Mi abuela abandonó
 a sus hijas por las
 páginas de su piel

Anhelaba vivir como La loba blanca
 en el centro de Cartagena de Indias

.....

amputada contemplación
 cojera sexual
 exilio de ébano
 biología en

pre
 ci
 pi
 cio (“Parientes negras”, pp. 35-36)

Los padres, siempre en el poema, a veces ofrenda, a veces cachetada, llenos de presencia y ausencia, en una dialéctica que solo el arte redime; igual los perros, entre inocentes y perversos, como el sexo, sexo, sexo, que riega los jardines más recónditos de la existencia, en esa línea fronteriza entre el tabú y el desparpajo, hasta fondear en un balance realista:

Te marchas
 desconcertado
 sin alcanzar
 lo pregonado. (“Sexo sexo sexo”, p. 42)

 Al cara y cruz de tu intimidad
 anuncié con voz tenue y temerosa
 el éxodo, la búsqueda
 de otra tierra prometida (“Cara y cruz del deseo”, p. 44)

Duelo de pájaros, duelo por el tiempo fugado, por los seres que llenaron nuestra pantalla móvil, por el amor, “ese otra mar, esa otra flecha”: “El mar mi adición más antigua” (“Pabellón marino”, p. 47)

Entonces, el poeta, el mirador, el cómplice del singular tejido humano, hecho de eventos y palabras, se detiene un instante, quizás en la cima de un faro abandonado y examina su entorno:

Y si el big bang del universo registró
 el beso de un niño,
 el cuerpo de la amada
 y el círculo del viento.

Y si te espera la mirada
 el polen de la boca
 el agua de su valle.
 ¿Qué ahora?
 ¿Para qué sembrar de niebla el día? (“Tan solo”, pp. 55-56)

Duelo de pájaros, salutación al instante, al vuelo inmóvil en un macroviaje por las estepas del universo. Palabra en Poesía, último vestigio de la paloma fuera de su caja, sereno movimiento del hombre que estremece el árbol de la noche: si mañana despierto y sé que vivo. La Poesía del navegante Wilfredo Esteban Vega, como una pluma caída sobre el agua ha logrado despertar mi pozo.